

sentirse bien momentáneamente; incluso con apertura, aun pequeña, al ejercicio virtual o con maniqués robóticos. Y no excluyo la parte de culpa que hemos tenido los cristianos al demonizar estúpidamente la sexualidad en sermones y catequesis. Podríamos decir que nuestra época, tras el fracaso de la Ilustración, ha sustituido el “*piensoluegoexisto*” de Descartes por un “*mesientoluegoexisto*”: sentirse es existir y existir es sentirse. Soy lo que me siento, esa es mi verdadera realidad. Ahí tienen su nido la droga y otras adicciones, así como el rechazo del cuerpo real: hay que sentirse bien a costa de destruirse si es preciso. Es un proceso en que los poderes, cada vez más concentrados y potentes, van legalizando una drogadicción compleja y variada para una sociedad sin pensamiento y sin más allá del presente.

La muerte como horizonte cultural

No, no me refiero a las muertes que el coronavirus nos ha traído y nos trae, a los debates entre unos y otros de cómo detener la pandemia, echándose mutuamente las culpas y tratando de ganar prestigio a costa del desprestigio de los demás. Me refiero a algo todavía más grave y que será un elemento de primer orden en la reconstrucción de los próximos años.

Y, en primer lugar, invito a reflexionar sobre el aborto. Dejo su calificación moral de momento, aunque ustedes saben que lo considero sencillamente un asesinato de alguien que es plenamente persona. Pero, repito, dejando esto de momento, me pregunto: ¿cuántos abortos ha habido aquí en los últimos diez años? ¿Un millón? Frente a esa matanza, ¿cómo ha ido la natalidad durante ese tiempo? En nuestras calles hay muchos más perros que niños. Los perritos, paseados, bien cuidados, alimentados, vestidos, son un miembro más de la familia; muchas “parejas” rechazan frontalmente engendrar hijos y se acompañan del perro familiar; incluso se discute judicialmente cuál de ellos se queda con la custodia del can en caso de separación.



¿Desaparecerá el nombre de España para dar paso al de Canislandia? No se cierran todavía muchos más centros escolares gracias a los emigrantes integrados y gracias a la disminución numérica de niños por aula, pero se cerrarán. No es cuestión de premiar a las parejas que tengan hijos con subvenciones; se ensayó hace años en algún país y no dio resultado. No es cuestión de dinero sino de amor a la vida, a la vida humana.

¿Y si pasamos a los jóvenes? Hay algunas estadísticas nada optimistas ni halagüeñas sobre la edad del comienzo de consumo de alcohol y drogas, pero hablo desde lo que veo a mi alrededor y de lo que oigo a muchos padres. Cuando eran niños, no pocos de estos jóvenes carecieron de límites, su ego fue ilimitado y su edad interior quedó fijada para siempre en aquel momento en que aprendieron a decir “yo” y “mío”. ¿Han analizado ustedes el factor fiestas de jóvenes en los contagios de esta segunda etapa? ¿Han meditado en los botellones en poblaciones y momentos de confinamiento necesario? ¡Botellones suicidas! No me acusen de atacar a los jóvenes por prejuicios de viejo. ¡Ni mucho menos! Que hay una gran cantidad de jóvenes — seguramente la mayoría— que trabajan, son responsables y aprovechan las facilidades formativas de esta época no hay duda; lo conozco. Pero que hay un sector nada pequeño, cuya cuantía ignoro, que es incapaz de prescindir de las “noches de vino y rosas”, del fin de semana, del alcohol y de la droga, también es cierto. De estos, una mayoría va a estar incapacitada en unos años para cualquier tarea continuada que exija esfuerzo y perseverancia, y, por supuesto, imposibilitada para contraer matrimonio, civil o religioso, y criar y educar hijos. Pregunten por el número de los internamientos de jóvenes con brotes psicóticos graves. ¿Se percatan ustedes del arraigo social que en alguna zona del sur empieza a tener el narcotrá-